
Pez Banana
EJEMPLAR GRATUITO.
XV

Pez Banana

DIRECTORIO

DIRECTOR EDITORIAL:
IVÁN BALLESTEROS ROJO

DISEÑO:
LEONEL LÓPEZ

CONSEJO EDITORIAL:
SALINGER (†)
MILTON ARAGÓN
BRUNO MONTANÉ
ÓSCAR BENASSINI
FRANCO FÉLIX
IMANOL CANEYADA

VENTAS:
JAVIER B. ESQUER
662.225.8560

CONTACTO:
@pezbanana1

pez.banana.5

pezbananamx

EDITORIAL

En *Pez Banana* hemos decidido una nueva temporalidad. De mensualmente que lo hacíamos hasta el número XI, ahora saldremos trimestralmente. Esto se los informamos a esos lectores y lectoras que nos esperan y que han sido fieles a la publicación. Al final es por ellxs que continuamos. En este número presentamos un dossier que está en contra de las posturas ridículas que se presentan en personajes del mundillo artístico nacional. Desde los poetas trasnochados hasta el universo de intelectuales que intenta iluminarnos con su conciencia de lo social, pasando por los que se sienten dueños de la indignación colectiva y los pequeños dictadores del Otro. Incluimos un brillante cuento de Gabriel Rodríguez Liceaga cuyo tono abona a lo revisado en este apartado. En la portada y centrales, un lujo para llevar a buen puerto la provocación: la ilustradora Rurru Mipanochia. A manera de epílogo podrá encontrar reseñas de tres novelas de autores mexicanos que se han estado comentando más allá de nuestras fronteras; así como de una de las películas más celebradas, *Birdman*; además de un par de discos que la rompieron en el 2014. Adelante, les invitamos a quitarse el chaleco y celebrar con nosotros la quinceañera de este animal acuático que sigue a contracorriente.

COLABORADORES

RURRU MIPANOCHIA (CIUDAD DE MÉXICO, 1989). Es egresada de la Facultad de Artes y Diseño en la UNAM. Su trabajo ha sido expuesto en la Muestra GRAPA en Buenos Aires, Muestra de filmes Queer Entzaubert, Berlín; en el National Museum of Mexican Art en Chicago. Ha colaborado con revistas como *Picnic*, *Tounge Magazine*, *Dont´t Panic* y *ZERO magazine*.

GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA: (CIUDAD DE MÉXICO 1980). Ganador del Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2012 y autor del libro de cuentos *El Demonio Perfecto* (BUAP. 2008), *Niños tristes* (Tierra Adentro, 2014) y las novelas *Balas en los ojos* (ediciones B – Zeta Bolsillo, 2011) y *El siglo de las mujeres* (ediciones B – Zeta Bolsillo, 2012).

ALFONSO LÓPEZ (NAVOJOA, 1979). Escritor e investigador. Ha publicado los libros de relatos *La noche estaba afuera* (Tres Perros, 2009) y *Musiquito del talón* (Tierra Adentro, 2014).

CARLOS BORTONI: Antropólogo, escritor y fundador de Editorial Nula. Recientemente publicó la novela *Perro viejo y cansado* en la editorial Nitro/Press y *Tormentas en vasos de agua* en editorial Abismos.

ELMA CORREA (MEXICALI). Ha sido incluida en las antologías *Cuadernos del Periodismo Gonzo*, *Breve colección de relato porno* y *Lados B*. Colabora en revistas como *Vice* y *Tierra Adentro*

MILTON ARAGÓN (MONTERREY, 1979). Doctor en Arquitectura y Asuntos Urbanos. Nivel uno del Sistema Nacional de Investigadores. Miembro de la Cátedra de Hermenéutica Analógica del Instituto Superior de Filosofía de Valladolid y del Grupo Compostela de Estudios de Imaginarios Sociales. Autor del libro *Ciudad, símbolo e imaginario: reflexiones sobre vivir el espacio urbano*.

IVÁN BALLESTEROS ROJO (HERMOSILLO, 1979). Escritor, editor y docente. Dirige *Pez Banana*. Ha publicado los relatos *Monstruario*, *Mecanismos* y *Bungalow*.

IVÁN FARÍAS (CIUDAD DE MÉXICO, 1976). Es narrador y crítico de cine. Con el libro de cuentos *Entropía*, ganó el premio Beatriz Espejo en el 2003. Ha aparecido en las antologías *El cuerpo remendado*, *Lados B* y *Bella y Brutal Urbe*.

FRANCO FÉLIX (HERMOSILLO, 1981). Es escritor y editor. Ha publicado *Todos me llaman pelmazo* y *Dolor de cabeza en Bagdad*. Colabora con revistas como *La Tempestad*, *Metrópoli*, *Diez/4* y *Pez Banana*. Es director del proyecto editorial *Shandy*.

MELINA ROJO (HERMOSILLO, 1987). Vocalista de la banda *Fiera*, es dealer en un casino de apuestas. Su único interés es escuchar música mientras viaja a toda velocidad por alguna carretera desconocida.



Ilustración: Rrurrú Mipanochia, *Zotz*.

WWW.PEZBANANA.NET

Registro SON 00183-05-14
Hermosillo, Sonora. Marzo, 2015.

Pez Banana No. 15 es una publicación independiente. Las imágenes utilizadas tienen un fin didáctico y no lucrativo. Esta publicación es realizada por Editorial Tres Perros. El contenido de los textos es responsabilidad de sus autores. Se autoriza la reproducción y difusión por cualquier medio, haciendo referencia a la fuente. Tiraje 3000 números.



ODIO A LOS POETAS

ELMA CORREA

Odio a los poetas. Los odio.

Odio a esos poetas jóvenes, ilusos, que abanderados por Mario Benedetti ladran versos sin sentido destinados a cambiar el mundo. Se les puede encontrar, con megáfono o sin él, sobre todo en los camiones, aunque los hay que de pronto resultan ubicuos e infestan plazas, cafeterías, monumentos y debajo de las piedras; porque ellos, a pesar de haber nacido al final de los ochenta o durante los noventa, han descubierto el "arte acción", y les parece muy contracultural y antisistema contaminar los espacios públicos con sus berridos. Es que están llevando la Poesía a quien no la tiene. Ah.

Se les puede encontrar también en las escuelas de letras, denostando a sus maestros, el programa de estudios y la burocracia escolar, pero incapaces de redactar una tarea sin faltas de ortografía. Son amantes de los puntos suspensivos porque piensan que llenan sus textos de misterio y sensibilidad, acusan al Estado de marginarlos por sus ideales y se autopublican en plaquettes y ediciones cartoneras con títulos como "Las llamas de mi fuego", "Mi corazón se desmorona", o "La poesía invade mi ser".

No les gusta leer para no contaminarse. Los únicos escritores que conocen son Sabines y Sabina. La trova los conmueve hasta las lágrimas y les incita a continuar con su labor. Todos se parecen. Los odio por igual. Los peores, son los poetas jóvenes que además de conciencia social, tienen conciencia ecológica. Son los que escriben poesía verde dando voz a los lamentos de la patchamama. Los odio. Son los que poniendo el ejemplo sobre el cuidado del agua, pueden pasar mes y medio sin bañarse.

Odio a los poetas de mediana edad. Los odio. Esos que ganaron un certamen municipal o una beca estatal y llevan su libro de 1998 a todas partes. Esos que no se pierden ningún evento cultural porque son los únicos momentos en que pueden beber vino, aunque sea barato, y alardear acerca de su próxima obra maestra, esa que llevan escribiendo la mitad de su vida y que revolucionará el lenguaje y nuestra manera de ver a los árboles y las flores. Esos que son titulares en el taller de creación literaria de la universidad local, los editores de la revista de la universidad local y participan en toda presentación, conferencia, seminario, charla o debate de la universidad local, donde haya café y surtido rico de Gamesa, así sea sobre las últimas investigaciones veterinarias acerca del moquillo en las razas mestizas.

Los odio.

Odio a las señoras ultrasensibles que visten huipil, rebozo y tacones de doce centímetros, esas que organizan los recitales para las glorias del pueblo, y aprovechan los últimos minutos de la velada para leer sus sentidos pensamientos y reflexiones en rima sobre la importancia de la niñez, la fealdad de los pobres, el crimen del aborto, el fabuloso trabajo del señor presidente en la lucha contra las drogas que destruyen a la juventud y la escandalosa pérdida de los valores. Las odio. Odio sus libros impresos con dinero de sus amigas La Chiquis Corcuera, La Beba Videgaray, La Nena Vildosola y otras chicas del bingo, donde la portada es una foto panorámica de la playa, con la autora en primer plano, alzando sus brazos al sol del amanecer.

Odio a los poetas. Los odio.

Odio a los poetas viejos, esos envilecidos por la vida literaria de provincia. Esos que creen que la credencial del Insen les otorga por default el paso a la gloria y posteridad. No importa que no tengan talento. No importa que no hayan publicado en los últimos veinte años. Odio a los poetas viejos. Los odio. Esos que sobreviven impartiendo talleres por todo el país en los que les pagan por trabajar los textos de los participantes, pero en los que se dedican a vociferar contra la institución que los contrató, maldecir a los funcionarios que firman sus cheques y romper las ilusiones de los asistentes con frases del tipo: "¿Quién te dijo que esta cochinada es poesía?", "Tú no sabes escribir, dedícate a la carpintería", "¿Dónde está mi dentadura?", o "Esa de las tetas grandes, ¿cómo se llama?".

Los odio.

Odio a los poetas hipsters, los que sueñan con publicar en *La Tempestad* y bailan sonidero. Esos que citan a Walser por lo que han leído en wikiquotes. Los que en las cantinas de mala muerte conversan con los borrachos del lugar para sentir la miseria humana de primera mano, y les pagan una ronda antes de arrancar su automóvil híbrido. Esos que llegan a sus lecturas en bicicleta, luciendo intencionalmente desaliñados, acompañados de una trophy grilfriend anoréxica y disléxica.

Los odio.

Los odio a todos.

Pero odio mucho más a los artistas multidisciplinarios.



Ilustración: Leoncoyote.

CONTRA LA INDIGNACIÓN

CARLOS BORTINI

En un mundo autoritario... excesivo... banal e incongruente como el que habitamos... el sujeto necesita tomar acciones que le permitan dormir tranquilo... hacer las paces consigo mismo.

La razón es simple: se ha delegado en la clase dirigente el quehacer público.

La indignación ante los acontecimientos coyunturales es... en ese sentido... una válvula de escape que permite a la sociedad mantenerse alineada... en orden... sin transformación alguna que garantice o –al menos apueste por la no repetición de esa coyuntura que hoy resulta indignante.

La democracia participativa es el medio ideal para ello: el ciudadano transfiere al servidor público la responsabilidad que le corresponde y –ante la medianía... corrupción... fracaso y monstruosidad de los representantes se rasga las vestiduras... se lamenta e indigna frente al mal gobierno. Un mal gobierno del cual la sociedad se ha autoexcluido... al renunciar a su condición ciudadana para convertirse en consumidor.

De forma recurrente y cuando el sujeto no soporta mirarse al espejo... mirar su reflejo en los noticiarios... el consumidor apático se manifiesta a través de tristes y lamentables espectáculos en los cuales se rasga las vestiduras ante los actos intolerables cometidos por el mal gobierno.



Ilustración: Leoncoyote.

Los hechos recientes... de los que Ayotzinapa y Tlataya parecen ser el detonador y cada nueva fosa que se encuentra... se convierte en una piedrita más que ahonda la herida y trae a la memoria de esta ciudadanía de pantalla... sucesos como Acteal... Aguas Blancas... Atenco... Ciudad Juarez... Tlatelolco... etc. Ante los cuales las consignas facilonas no consiguen mantenerse dentro de las bocas de quienes las profieren y terminan volviéndose en su contra.

"Fue el Estado"... se escucha durante las marchas y se lee en pancartas y redes sociales... el foro por excelencia de la protesta vacunada. "Fue el estado" proclaman quienes olvidan –o desconocen que la población es uno de los elementos del Estado al que se acusa y –en consecuencia la acusación se vuelve en contra de los acusadores. Entonces... de modo paradójico la protesta cobra otro sentido y encara a los manifestantes contra ellos mismos... contra la comodidad desde la cual protestan... la incomodidad que les permite protestar e indignarse. Gritar "fue el Estado" evidencia –al menos que el manifestante se sabe –quizá de forma inconsciente cómplice de lo sucedido.

¿No hay una terrible complicidad al votar dentro de un esquema representativo en el que el ciudadano deleja el quehacer político en manos del servidor público y se olvida de ellos por tres o seis años?

¿No hay una enorme y patética complicidad cuando se participa en una manifestación pública y luego –como sucede con la presión dentro de una olla exprés se deja que la rabia escape por la válvula?

¿No es una forma muy dolorosa de complicidad la indignación que no ahonda en la transformación de un sistema que posibilita el acontecimiento de aquello que indigna?

Se exige justicia sin discutir en qué consiste la justicia. Se demanda castigo sin asumir en qué medida se es co-responsable de los acontecimientos. Y se dejan las condiciones intactas para que todo... delegar la responsabilidad de lo público... el acontecer de actos intolerables y la protesta se mantengan intactas

La indignación funciona como una herramienta del orden establecido. Se reduce a reaccionar ante la coyuntura y luego se diluye.

El consuelo que encuentra el indignado es el mismo consuelo que alivia la presión dentro de una olla mediante la válvula de escape. Permitiendo que la presión se mantenga constante y liberando el vapor necesario para evitar que la olla explote.

La protesta del sujeto indignado es un lavado de manos ante una responsabilidad que el sujeto se niega a asumir. La consecuencia de abandonar el espacio público o de recorrerlo como consumidor y no como ciudadano.

Habría que considerar que no hay válvula de escape que evite que la carne se ablande. De ahí que las buenas voluntades... tras indignarse... regresen a su sillón favorito y se refugien detrás de una pantalla.

MIRA NUESTROS PIES

GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA

Vengo sentado en el metro, vibra el teléfono en mi bolsillo del pantalón. Lo saco para ver de quién se trata aunque es cien por ciento seguro que es Marisol. No le voy a contestar. ¿Qué voy a decirle? ¿Qué puedo yo decir que cambie algo? Son cosas que pasan. En parte fue tu culpa. Es lo mejor para los dos. Todas las relaciones llevan implícita su autodestrucción. El tiempo curará todo... ¡mentira! El tiempo es la enfermedad. El tiempo tiene la maldita culpa, como siempre. Tiembla quedo e inocente el maldito teléfono celular, como si tuviera frío. No le voy a contestar la llamada. Para qué escuchar a Marisol llorando, hipando, pidiéndome que haga algo. No se puede hacer ya nada. Con esta van once llamadas perdidas entre ayer y hoy. Tal vez debería sencillamente apagar el teléfono. ¿Pero y si me llaman del trabajo? Me urge que me llamen del trabajo. Viene lentísimo el metro. Cada vez es más infrahumano transportarse en esta ciudad. Al menos hasta ahora no se han aparecido los sujetos que cargan a cuestas una bocinota o los drogadictos que hacen malabares sobre fragmentos de botella o los sidosos que venden empanadas de atún. ¡Hazme el favor! Quién en su sano juicio le compraría alimentos a un sidoso. Son las cuatro y media. Quedé de verme a las cuatro con Ulises en el restaurante de Bellas Artes. No entiendo por qué le encanta ese restaurante de ancianos. Ulises quiere que conozca a su nueva novia. Estoy a dos estaciones de mi destino. Ojalá me preste el dinero que le pedí. Pienso en Marisol. Era linda Marisol. O más bien lo sigue siendo. El teléfono deja de vibrar. Imagino a Marisol desesperada al otro lado de la línea, con la cara roja de tanto llorar y los ojos de sapo. Aun así debe lucir bellísima. Un chamaco indígena recorre el vagón repartiendo pequeñas hojas color rosa fluorescente. Meneando la cabeza le indico que no estoy interesado en su misiva pero él de todas maneras coloca el papel arrugado en mi rodilla. Leo:

> "Somos pobres, mira nuestros pies. Pido ayuda a usted ya que no tengo, y como vengo de la comunidad más pobre de puebla no tengo que comer, por lo cual le pido de todo corazón que me ayude con una moneda que no le afecte su economía y que dios lo bendiga"

Uno ya no puede salir de su casa sin que dios lo acabe bendiciendo en contra de su voluntad. Observo los pies descalzos del chiquillo alejándose mientras reparte sus tarjetas a lo largo de todo el vagón. Pies hinchados y ateridos de tanta mugre, pies con una cicatriz de carne haciendo las funciones de suela.

A Marisol se le reducía el corazón cuando un hambriento se le acercaba suplicante. O más bien, se le reduce. Obvio, que yo sepa, ella jamás ha viajado en metro. Es la típica mujer que quiere solucionar los problemas del mundo regalando dulces Acuario. También les obsequiaba cigarros a los limpiaparabrisas, hasta traía una cajetilla de Delicados exclusiva para ese fin. Cientos de veces me tocó verla pedir que pusieran las sobras de su comida para llevar. Pinche Marisol toda flaca pero regalando cajitas de unicel a las marchantas y vienevienes del rumbo. Más de una vez nos burlamos Ulises y yo de ella. ¡Preocuparse por los pobres! Eso es como del siglo pasado. Una vez le dije que los pobres eran tan necesarios como la gente que en un baile permanece sentada, para establecer así la diferencia entre una circunstancia y otra. Me gritó que era un ignorante y Ulises tuvo que intervenir. La voy a extrañar.

Estación Bellas Artes. Me bajo sin poder devolverle al chamaquito su tarjeta rosa fluorescente, la guardo doblada a la mitad. Regreso a la superficie. Qué día más espantoso. ¿Por qué me duele tanto lo de Marisol? No debería ser así. Ando cabizbajo, apesadumbrado, lento. Entro al Palacio. Vibra el teléfono de nuevo. ¡No puede ser! Qué mujer más ociosa. Reviso la pantalla, capaz son los de la chamba. No. Es Marisol. Leo su nombre en la pantalla parpadeante. No voy a responder. Camino rumbo al restorán. Tal como lo predije: está todo lleno de ancianos. Ulises me observa a lo lejos y sonríe.

–Pinche cabrón que llega tarde –grita y

se acerca a mí para abrazarme. Nos besamos en la mejilla.

Vuelvo la mirada y en la mesa está sentado un escote. Lo reviso cínicamente. No hay mucho que agregar: dos tristes piquetes de mosco presumiblemente suaves y pecosos.

–Te presento a mi hermano, Beatriz –dice Ulises. Y luego de reversa–. Beatriz, él es mi hermano.

La chica se pone de pie y me abraza, yo padezco una erección. O al menos la idea de una erección. En escasos cinco segundos Beatriz y yo intercambiamos saludos y miradas y sonrisas y estaturas. Somos casi del mismo tamaño, acaso podríamos hacer el amor de pie. Llega el mesero a interrumpir y tomamos asiento.

–Pide lo que quieras, nosotros ya comimos –dice Ulises–. Te tardaste un chingo.

–No hay fijón, desayuné bastante. No tengo hambre.

Pero sí tengo hambre. Me dan vuelta en el estómago apenas si cinco tacos de canasta. Observo a Ulises. No le cabe la sonrisa en el rostro. Sonrisa de idiota. Este baboso sí le compraría empanadas a un cabrón con sida.

–Pide algo de picar. ¿O qué te tomas?

–Un vodka con quina –ordeno.

–Estamos aquí desde temprano –cuenta mi hermano–, ya recorrimos todas las exposiciones. Es que Beatriz quiere ser pintora, ¿verdad?

La mujer sólo asiente con la cabeza. Mete un popote en un rinconcito de sus labios. Labios que parecen dos aves volando paralelas. Mujer pálida. Sus ojos azules me recuerdan el revés inestable de un disco compacto. No me gustan nada sus lentes. Enormes, sin chiste. Muerde el popote entretenidísima. Todo su cabello luce tenso, aprisionado por una coleta malhecha. Cabello color piolín. De hecho Beatriz parece un pollito recién mojado. Ulises la besa desde el cuello hasta la oreja. Sonríen. Actúan como si se conocieran desde siempre. Ambos tienen en los ojos un pedazo de sol: el fulgor de la novedad. Hallar un cuerpo nuevo y dispuesto.

–¿Cómo se conocieron? –pregunto.

–Ya ves cómo es mamón el destino –responde Ulises sin interrumpir su labor en el arete de la chica. Estoy seguro que esa frase la sacó de alguna película mexicana.

–Oye, Betty... ¿y qué opinas de la pobreza mundial? –pregunto. Ella se me queda viendo sin saber qué responder.

–Te está molestando, no le hagas caso –la protege mi hermano.

–Voy al baño –indica ella y se aleja. Ese diálogo es su única participación en toda la entrevista.

–¿Cómo ves? –me pregunta Ulises.

–Pues cógetela –respondo seco, dándole sorbos a mi vodka prácticamente antes de que lo ponga el mesero en la mesa. Apuro el trago para poder pedir uno más antes que nos desbandemos.

–Luego te cuento bien. Estoy contento, ¿sabes?

–Aprovéchalo. No es algo que te suceda tan seguido.

–Es un amor, no sabes...

–No es muy expresiva.

–Es porque está nerviosa. Me dijo que la ponía nerviosa conocerte.

–¿A mí? ¿Yo qué? Ulises quiero decirte dos cosas. Una, necesito que me pases la lana que te pedí. Dos, Marisol no deja de marcarme.

–No le contestes y ya.

–Doce llamadas perdidas y contando, no me chingues.

–No le contestes.

–La voy a extrañar –digo y le pido otro trago al mesero.

–Bueno, yo también la voy a extrañar pero qué se le va a hacer. Apaga el teléfono, es lo que yo hice. A la verga. Si sigue chingando cambiamos nuestras líneas.

–¡Qué fácil! Yo estoy esperando una llamada de la chamba. Necesito dinero.

–Es lo de menos, eso es lo de menos. Estoy feliz cabrón. Vamos a celebrar en la noche los tres. ¿Eh? Para que se vayan conociendo.

Ulises se levanta de golpe. Intercepta a su nueva noviecita que regresa de orinar. La toma de la mano y comienzan a bailar. Así nada más, sin música. No he decidido si eso me da pena ajena o envidia. Los rucos de las otras mesas se nos quedan viendo. Vibra el teléfono en mi bolsillo del pantalón. Es Marisol. Vibra dulcemente, con suavidad mecánica. Ellos bailan alegres, con lujo de torpeza. Ella sonríe, lo besa. Le pasa los brazos por la nuca. Lo besa, maldita sea. Observo el suelo. Para que los demás bailen es necesario que alguien permanezca sentado, así se establece la diferencia entre una circunstancia y otra. Soy pobre, miro mis pies.

–Ahorita vengo –exclamo y saco el teléfono de mi bolsillo. Respondo a la llamada alejándome hacia la otra ala del palacio.

–Bueno.

–Hola –dice ella, llorando, hipando–,

qué bueno que contestas. Llevo todo el día marcándote. Estoy desesperada.

–Me imagino. No me llames por favor. Yo no tengo nada que ver.

–Tienes que hacer algo. Te lo suplico. Habla con él.

–¿Pero qué puedo yo decirle?

–Habla con él. A ti es al único que le hace caso. No me contesta mis llamadas, tiene apagado el celular. Cómo puede olvidar cuatro años en un día... no sé qué hacer.

–Nada, no hagas nada. Son cosas que pasan –digo y tomo asiento en unas escaleras. Trato de sonar contundente. La imagino divina y llorando maquillaje.

–¿Qué hice mal? Yo lo amo muchísimo.

–En parte fue tu culpa, Marisol...

–Lo amo, en serio lo amo.

–Yo creo que es lo mejor para los dos. Además todas las relaciones llevan implícita su autodestrucción... a lo mejor si dejas que pase el tiempo...

–No quiero perderlo... habla con él... habla con él...

No me está poniendo atención esta mujer. La escucho berrear y sonarse la nariz. Qué sonido tan tétrico el de una mujer llorando a través de un teléfono. Pareciera que la están matando. Permanezco en silencio también llorando, pero lágrimas invisibles. Se tranquiliza.

–¿Sigues ahí?

–Sí, sí. Recupérate y me vuelves a llamar.

Pero ninguno de los dos cuelga. Nos quedamos callados. Ulises debe seguir bailando o besando el cuello de la chulada esa y los hielos en mi vodka ya deben estar derritiéndose.

Un oficial me pide que me mueva, dice que ahí no puedo estar sentado.

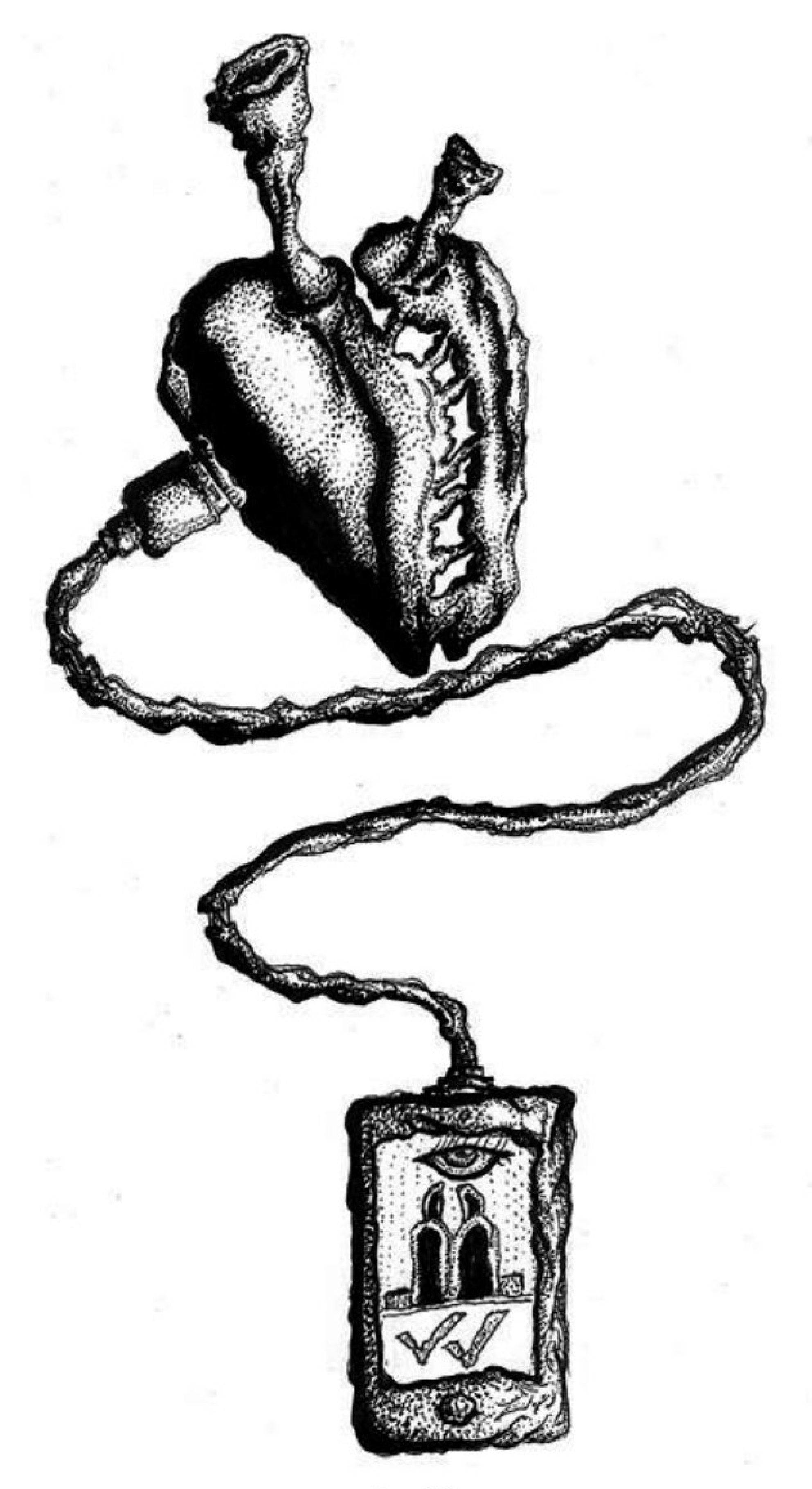


Ilustración: Pablo Salazar.

¿ESE ES UN OTRO? MEJOR CUÉNTAME UN CHISTE

MILTON ARAGÓN

Durante un tiempo solía tener la costumbre de terminar mis clases con un chiste cruel. Las primeras sesiones yo los contaba y notaba las risas de angustia por parte de algunos alumnos, conforme avanzaban las sesiones ellos eran los que los contaban, entonces la tensión que ocasionaban se disminuía. La angustia del inicio era producto de las convenciones sociales vinculadas con la negación del Otro, pero una vez que se apropiaban de este tipo de humor surgían las carcajadas libres de angustia. Lo anterior se daba por la liberación libidinal de la angustia una vez que se compartían los códigos de los iguales ante el Otro.

Las dos características principales del chiste cruel que facilitan su comprensión son: el personaje central siempre corresponde a un chivo expiatorio, en el sentido de René Girard, que puede ser un discapacitado, una minoría étnica o religiosa, el habitante de alguna región que se considere intelectualmente inferior, por lo tanto, son una representación social de la figura del Otro. La segunda característica es el acontecimiento que causa la situación cómica, el cual se vincula directamente con su condición que lo construyen como ese Otro, puede ser una mala coordinación por su discapacidad, habla extraña, exageración de tradiciones, tragedias, de ahí que sean una forma oculta de juzgar sobre los comportamientos del Otro, una especie de justicia poética por no ser parte de los iguales. Se ironiza para simbolizarlo y reducir la bofetada de lo Real que representan. De ahí esa sensación de angustia cuando el chiste no viene de un igual, porque entonces choca con los códigos permitidos entre éstos. Por ejemplo, cuando los blancos Estadunidenses no pueden decir la palabra *nigga* o los europeos progresistas contar chistes sobre el Holocausto. Lo cruel y lo políticamente incorrecto es señalado cuando sale del contexto de los iguales y se viola su acuerdo compartido de complicidad confidencial, pero se da una excepción cuando el que lo hace público es un *outsider* al que se le permite ironizar. Desde su condición de marginal o loco, el *outsider* cosifica la carga moral del chiste, volviéndolo un objeto de consumo de masas, como bien puede ser un guion de Tarantino y el uso de la palabra *nigga* o los capítulos de South Park y sus bromas raciales, que tienen altas audiencias y operan como formas de liberación libidinal de la angustia del Otro. Lo Real significado por una carcajada que minimiza el impacto por su aparecer, que resulta ya un lugar común de las redes sociales por medio de los memes que ridiculizan e ironizan con todo aquello externo a mis iguales.

Los chistes crueles son un placer pecaminoso que reducen la angustia de encontrar lo Real en los ojos del Otro, sólo es posible compartirlo con los que nosotros consideramos como iguales, pero si lo hacemos público o los contamos en un lugar erróneo, se vuelven un elemento de estigmatización sustentado en un juicio a la moral. Por lugar erróneo se puede entender simplemente aquel donde no se ubican nuestros iguales, de ahí la condena moral vinculada a una ética de los derechos del hombre, criticada por Alan Badiou en su libro *La ética* (Herder, 2004), en la cual: el derecho es un derecho

contra el Mal; se parte de la idea de un ser humano general; la política se subordina a la ética; el Bien se define desde el Mal; los derechos del hombre son el derecho al no Mal. Se victimiza al hombre y se le tiene que proteger ante el Mal que es todo aquello que no corresponda con las buenas maneras de Occidente, lo que lleva a un conservadurismo, no existiendo lo singular o lo particular ante ella. Lo singular corresponde a un Otro que se anula en la universalidad de lo no Mal. De ahí que la condena moral es menor cuando se usa la sátira como un humor en el chiste, porque parte de universales que identifica el Mal. El Otro se vuelve en esta un elemento del mal, un enemigo común, porque la sátira desvía el núcleo de la angustia por medio de la burla moral, mientras que lo irónico y cínico del chiste cruel, indican el síntoma de la angustia que nos ocasiona el Otro sublimándolo. Por ejemplo la sátira hacia los musulmanes por parte del semanario francés *Charlie Hebdo*, que nada justifica el hecho infame y horrendo del atentado, pero sus chistes construyen la imagen del Mal en el Otro, reivindicadas bajo la libertad de expresión. Libertad que sólo es en y para mis iguales que entienden la lógica de la ética de los dereÒchos del hombre. Ante esta ética Badiou propone buscar una ética de las verdades, donde el Hombre es identificado por las verdades singulares; es partir del Bien como se determina el Mal para la conservación del ser; la humanidad se sustenta en la identificación del pensamiento de situaciones singulares. Bajo esta ética el Otro se vuele sujeto al reconocerle su singularidad. Aunque el chiste cruel no tiene un sentido e intención moral expresa, sólo permite significar lo Real que representa el Otro, puede servir como una forma de volverlo singular y particular, no un igual, eso nunca podrá ser, pero sí desde el acontecimiento que origina la situación cómica; ubicar el núcleo que lo construye, reduciendo la angustia que produce.

Más o menos por las fechas en las que concluía las clases con los chistes crueles, había ocurrido la tragedia del terremoto de Haití, a un recuerdo un chiste contado por un alumno al respecto que decía más o menos así: "¿Qué hace un niño de Haití vomitando en la calle? Presumiendo que comió". Ante esto se soltó una carcajada generalizada por parte del grupo, no hubo expresiones de desagrado o indignación al respecto. Los haitianos son muy ajenos a nosotros, pero acaso ese chiste ¿no nos permitió simbolizar el momento terrible por el que pasaron y permitir que ese Otro se volviera particular por medio su tragedia?



Ilustración: Leoncoyote.

RURRU MIPANOCHIA

LA OBSESIÓN POR REPRESENTAR EL RITO MÁS ANTIGUO



Almendra Sheira Castillo, AKA Rurru Mipanocha, es una de nuestras artistas favoritas. Incómoda, provocadora y dueña de un universo único que se despega del homogéneo mundo del arte gráfico mexicano contemporáneo. Sus series nos presentan vergas y panochas en posición de atacar. Personajes prehispánicos rindiendo culto al rito más antiguo del reino animal: el sexo. Un tema que todavía sonroja a las buenas conciencias. Esas mismas que se dan golpes de pecho cuando el país, y el mundo entero, se van al carajo. Y es que más allá de su imaginería, que para algunos resultará escandalosa, la Rurru es una obsesiva y elegante dibujante que ha encontrado, a su corta edad, un estilo, un sello. Algo por lo que muchos becarios daríamos todas las ministraciones por venir con tal de lograr en algún momento. Pero dejemos que sea ella misma la que se presente: "Rurru es una niña-niño-cosa que le gusta mucho el penesito, la puchita, las nalguitas, los huevitos... En ocasiones se traviste de mujer, pero casi siempre es quimera. Le gusta mucho el helado de chocolate, el quesito, las palomitas de maíz, pero lo que más le gusta en TODA su vida es picarse la pucha, le encanta acariciarla y frotarse el clítoris hasta que éste le arde y hasta que poco a poco comienza a escurrirse pensando muchas veces en... TÍ, o en ella/él/eso comiéndotela o comiéndosela." Para darse una vuelta por el fascinante trabajo de Rurru, visite: rurru.jimdo.com.













EL BIRDMAN SIN VENGADOR

O DE CÓMO FILMAR UNA PELÍCULA SIN CORTES

IVÁN FARÍAS

Nunca me ha entusiasmado en demasía la obra de Alejandro González Iñárritu (ahora G. Iñárritu). Si bien *Amores Perros* se ha convertido en la película mexicana en el mundo, me sigue pareciendo dispareja, con personajes interesantes, bien dirigida, actuada, con un par de historias deslumbrantes pero con una trama intermedia que hace que decaiga mucho y con un conflicto moral bastante pequeño burgués. Iñárritu se catapultó hacia Hollywood con la primera llamada de las sirenas y allá replicó lo que había hecho aquí: tres historias, un conflicto "humano" y una dirección que me seguía pareciendo demasiado hecha para agradar a los críticos.

Cuando trato de hacer memoria sobre *21 gramos* o *Biutiful* no llega nada a mi mente. Ni bueno ni malo. ¿De *Babel*? claro que sí, la breve escena en donde Rinko Kikuchi separa sus muslos y muestra su entrepierna. La sola posibilidad de ver lo nuevo de Inárritu, es curioso, no me molesta ni me emociona. La idea de ver *Birdman* vino de un rompimiento en su habitual manera de llevar su trabajo, dentro de lo políticamente correcto de Hollywood. El chilango ha hecho su trabajo de lobby entre la crítica gringa y europea logrando hacerse de halagos hacia su trabajo. El Negro, como era conocido, de improviso dijo que había roto con lo que venía haciendo y se había atrevido a tocar terrenos desconocidos.

Birdman confirma su decir. En principio de cuentas se arriesga con actores con los que no había trabajado; por ejemplo, un Michael Keaton poco querido en taquilla. Los cambios también se perciben en el guion. Atrás quedaron esos actos muy pensados. El guion de *Birdman* parece estar escrito sobre la marcha, con una idea general pero completado por más de una persona, en este caso cuatro: Nicolás Giacobone, Alexander Dinelaris, Armando Bo y el mismo Iñárritu.

Pero tal vez el mayor acierto del mexicano fue no hablar de lo que no conoce y centrarse en el mundillo en el que está imbuido. En sus anteriores películas cometía la equivocación de tratar de retratar un mundo del cual solo sabía de oídas: el de los marginales. Como casi todos los cineastas mexicanos cuando se topan con la pobreza lo ven desde la lente de quien desayuna caviar. Ejemplos sobran: *De la calle*, *Navajazo* y las que se acumulen.



Ilustración: Leoncoyote.

Aquí, Iñarritú da rienda suelta a un humor ácido sobre el mundo del cine, de la actuación y del teatro. La cinta narra la búsqueda de redención de un actor famoso hace años por protagonizar una saga superheroica. Riggan Thompsom (Michael Keaton), desea demostrarles a críticos, amigos y público, que puede ser más que un "hombre en botarga", por lo cual decide adaptar los textos de Raymond Carver (autor minimalista, antípodas de los relatos de superhéroes), y montar una obra de teatro.

La cinta, contada a través de un largo plano secuencia (trucado, claro está), nos va revelando los entretelones de una obra en Broodway: la forma en que se maneja a la prensa, las veleidades de los actores, los problemas con los productores, los dramas internos, las carreras comprometidas y la dureza de los críticos. Iñárritu hace uso de un humor negro, que no le conocíamos, para ir desnudado uno a uno a los personajes y en el camino ofrecer una crítica visión del mundo de la farándula.

El logro técnico le pertenece completamente a Emmanuel Lubezki, quien logra unir todas y cada una de las escenas sin que su trabajo sea invasivo. Su cámara, como un obseso observador, se entromete en las bambalinas y las calles de los acontecimientos. No es de extrañar que él también fuera culpable del plano secuencia de *Gravity*.

Un acierto dentro de la historia es mezclar la realidad con la ficción. Los chistes abiertos a gente de la vida real ("Podría contactarte con el cirujano plástico de Meg Ryan") y los internos con los actores llenan de vida una cinta que va de la comedia al drama. Keaton se interpreta a sí mismo (el fue *Batman* y ese es su cruz), tal y como Edward Norton (se dice que Norton siempre quiere imponer su visión en cada película), logrando que la cinta sea una especie de juego privado al cual somos invitados.

Birdman es muy neoyorquina, es decir, pedante y pequeño burguesa, pero también inteligente y atrayente. Uno se deja llevar por esta vorágine de estímulos que lo mismo mezcla poderes sobrehumanos, que suicidios en el escenario, recriminaciones familiares que sexo real en escena. Al final, el hombre que busca ser reconocido por su talento actoral acaba convertido en un trend topic más... Y tal vez gane un Oscar.

EL ARTE DE RECORDAR

ALFONSO LÓPEZ CORRAL

Un distintivo de los movimientos sociales que mediante la lucha armada pretendieron cambiar las cosas en el país en la década de los sesenta y setenta, fue que estos emanaron también de las escuelas, sobre todo de las universidades. Las principales figuras de esas décadas trágicas que marcan una historia negra y vergonzante para México son dos maestros normalistas: Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. El mundo entonces estaba dividido en dos bloques que tenían a la cabeza, respectivamente, a la desbaratada Unión Soviética y a los EUA, quienes habían entrado en lo que todos conocemos como Guerra Fría, y que no es otra cosa que los juegos de vencidas practicados entre estos dos países mediante la influencia (o amenaza, según quiera verse) en el resto del tablero mundial. En Latinoamérica estaba calientita la victoria revolucionaria en Cuba y servía de inspiración a organizaciones sindicales, grupos políticos de izquierda y, por supuesto, a los jóvenes en las universidades, los cuales creían que podían hacer la revolución y ponerle fin a los abusos y desigualdades cometidos siempre por unos cuantos en el poder.



Ilustración: Leoncoyote.

Así como durante la Revolución Mexicana los hombres del norte jugaron el papel destacado y determinante en la lucha y, al final, se quedaron con el poder, en lo sucedido durante estas dos décadas de batallas en las sombras, de "guerra sucia" como se le ha llamado comúnmente, el norte de México no estuvo exento. Fue en Sinaloa durante la primera mitad de la década de los setenta que la FEUS (Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa) estableció contactos con los grupos guerrilleros y se hizo del control de la UAS y obligando al rector Armienta Calderón a renunciar. Es de este movimiento estudiantil que emana el grupo conocido como Los Enfermos, que pretendió organizar a las masas, extender su influencia al campo sinaloense, y que al final corrió la misma suerte que el resto de grupos clandestinos en el país: fue eufemísticamente "reprimido".

Organizada a la manera de un tratado de anatomía y contada como si fuera un largo poema, *Anatomía de la memoria*, novela de Eduardo Ruiz, toma como pretexto la historia de los Enfermos, o mejor dicho la memoria de los Enfermos, para narrar unas cuantas vidas que nos van llevando hasta el centro de algo que bien podría ser la memoria: allá aquel punto lejano donde diríamos que comienza todo lo que fuimos y por tanto lo que somos, el punto primigenio del recuerdo, la coyuntura, la simiente, el motivo o el pretexto de todo lo que viene después y que termina rebasando hasta al futuro, pero que conforme avanzan las páginas nos damos cuenta de que nos está contando de todo: de todo: del cáncer que es nuestro cuerpo, del cáncer que son las ideas y las ilusiones y el amor y el crimen, del cáncer que somos todos y que es la vida.

En la novela se cuentan hechos que sucedieron cuarenta años atrás y que van transformándose conforme se les va recordando; hay una juventud que se ganó la vejez por lo que hizo y que dejó de hacer, y que carga con sus muertos y desaparecidos; hay crimen y victimas que por momentos se cambian los roles y al final se vuelven indistinguibles; hay, sobre todo, un gran dominio del arte de contar, de ir condensando lo que es el libro, lo que significa el libro para el hombre en frases que se van colocando en casi todas las páginas; se extienden las frases (¿los versos?) para crear un espacio que se va llenando de literatura, de la buena. Oiga, que aquí no hay otra ambición que la de los monstruos de la literatura, aquellos maestros que marcan las maneras de contar de una época, combinando siempre lo mejor de los recursos clásicos (véase si no la influencia enorme que aquí tiene *Anatomía de la melancolía*, de Burton). Carajo. Eduardo Ruiz acaba de hacer la novela que debieron hacer los de la generación de los sesenta, la de los setenta y se lleva entre las patas a los de los ochenta. Ruiz finiquita de una vez esos líos de generación siguiendo el consejo de Ciryl Connolly: hay que intentar el gran libro, la obra maestra, esa tiene que ser la única ambición (y parafraseo, por supuesto). El autor lo intenta, y juzgue usted si lo consigue, pero advierto: no es un libro fácil y ocupa leerse y releerse.

La ambición de esta novela viene a darle un sopapo a los que se quejaban de que se habían perdido las ganas de contar, el interés por levantar enormes construcciones lúdicas. Voy a dar un ejemplo sencillo: *Anatomía de la memoria* es la novela que hubiera sido Los detectives salvajes de haber sido una buena novela.

Eduardo Ruiz, *Anatomía de la memoria*, Editorial Candaya, 2014.

JUAN TRES DIECISÉIS,
EL HAMLET DE LOS CUADRILÁTEROS

IVÁN BALLESTEROS ROJO

El nombre del personaje principal, Juan Tres Dieciséis, se debe a un alucín religioso que tuvo su padre drogadicto. Recordemos: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna". Una historia que remite a la del boxeador venezolano Edwin Valero, que terminó matando a su encantadora novia para después darse cuello en una oscura celda de castigo.

Juan es un personaje contradictorio, que durante el transcurso de la novela se irá transformando en un esquizofrénico boxeador al que le habla un ser imaginario: El hermano de la tierra, para avanzar en su arco dramático hasta convertirse en un broder, en un fanático religioso. Lo anterior aderezado con unos puños cargados con trinitrotolueno y una quijada de burro que lo llevan a convertirse en un ídolo que está a punto de enfrentar al boxeador más temible, la bestia. Es en este punto que somos testigos de una batalla que adquiere dimensiones cósmicas, donde entendemos el determinismo que ha marcado a Juan desde su nacimiento; así como la terrible sombra que lo acompaña y lo convierte en un ser inseguro e inestable. Un Hamlet de los cuadriláteros. El lector quedará embebido con las confesiones que le son entregadas al detective más cachondo de la literatura policíaca mexicana, el cínico ex policía municipal Malasuerte, quien investiga el asesinato de la esposa de Juan Tres Dieciséis, donde nuestro profético boxeador es el principal sospechoso. Hilario Peña, piloto en la fórmula uno de narradores mexicanos, no se anda por las ramas con filosofía y retruécanos sofisticados sobre el poderío del Mal, ahora tan de moda en las novelas policíacas. Se trata de un narrador eficaz que utiliza la estructura clásica del género para presentarnos una historia ágil, divertida y sorprendente. Donde el tema del boxeo pareciera más un pretexto para abordar una pasión bien entrañada en el escritor. En una entrevista sobre la novela que dio Peña no hace mucho tiempo, declaró que *Juan Tres Dieciséis* nació primero como una historia que sirviera para burlarse de las ridículas posturas de los escritores mexicanos. Sobre las mafias y envidias retorcidas que hay entre ellos. Cuando terminó el proceso de redacción de la historia sustituyó a los escritores por boxeadores, haciendo la trama mucho más atractiva. La novela pareciera estar partida en dos, por un lado las pesquisas de Malasuerte por resolver el asesinato de Gabriela, esposa de Juan, así como de su particular drama familiar, engrosado por su temible hijo narco. La parte del diario que Juan Tres Dieciséis le entrega a su suegro, una especie de acompañante espiritual, tiene un ritmo trepidante. El lector quiere meter más las narices en ese diario donde el Juan explica su trayecto en el boxeo y describe las peleas manteniéndonos al filo de una butaca imaginaria mientras observamos un ring que pende sobre el abismo.

Cus D'Amato, el entrenador de Mike Tyson, se refirió al proceso del campeón de los pesados de la siguiente manera: "Primero transformé la chispa en una llama, esta se tornó en fuego, y el fuego en un incendio incontrolable." Algo así sucedió entre el entrenador de Juan, Montalvo. Un personaje que durante toda la novela irradia empatía ocultándonos su verdadero rostro. Ambientado, como no, entre sórdidos contextos, el de la política, el narco y la policía de una Tijuana alucinante, Hilario Peña nos presenta un retrato, quizá sin quererlo, del escenario que tenemos por vida pública en México, uno donde los personajes más oscuros son los que controlan las instituciones y los medios. No es difícil advertir, sobre todo en la última parte, que el narrador ha dejado un poco de esa burla hacia los intelectuales y revolucionarios descafeinados que la primer versión de la novela pretendía hacer. En el epicentro de esta thriller psicológico está un ensayo sobre la dualidad entre el boxeo y la vida, sobre los actos sublimes que van encaminados a derribar al Otro. Una pieza que no sólo atrapará a los amantes del género policíaco y el boxeo, sino a todo aquel lector que busca acciones, dinamismo y sorpresa. Como un buen nockout que fuera propinado por la realidad misma.



Ilustración: Leoncoyote.

Hilario Peña. *Juan Tres Dieciséis*. Literatura Random House, 2014.

NUNCA POSPONGAS UN VIAJE

FRANCO FÉLIX

Hay dos tipos de mexicanos en el mundo: los que fueron a Disneylandia en su infancia y los que no. Los primeros suelen tener mayor fortuna. Es estadístico. El parque de diversiones supone un encuentro con la fantasía. La felicidad sólo es para los psicóticos. Mientras tanto, los otros, los que se quedan, los chicos que están fuera y lejos del castillo (kafkiano) de Mickey Mouse, aprenden el mecanismo de la realidad: nada está bien, no hay finales felices, nunca los habrá. Las princesas –debajo de esa pretendida ingenuidad- sórdidamente quieren la fortuna. Pueden llamarme pesimista si quieren, no tengo problema con eso.

La trama de *La fila india* (Océano/Conaculta, 2013), novela de Antonio Ortuño (Zapopunk, 1976), tiene como detonador un arruinado viaje a Disneylandia. Irma (La Negra) y su hija, en vez de pasar unas vacaciones pagadas por el ex marido y padre de la niña en el territorio fantástico del simpático ratón, terminan arribando a Santa Rita, un pueblo fronterizo al sur de México, en el que ha ocurrido una tragedia que involucra a migrantes sudamericanos. Ella es servidora pública de la Conami, así que el deber llama: se cancela Disneylandia, se inaugura el infierno.

No se te ocurra nunca posponer un paseo a Disneylandia, los fantasmas nazis de Walt se apoderarán de tu vida y la colmarán con el caos. Esta cuarta novela de Ortuño lo confirma, deja en evidencia el reflejo que somos del maltrato yanqui, con una historia atroz que conducirá a la protagonista a descender a las cloacas de la mafia burocrática y sus nexos con el tráfico de personas. Una brutal coincidencia con la realidad de nuestro país. Se trata de una lectura que duele porque es demasiado veraz. Un libro que te quemará las manos y te cortará las yemas de los dedos cada vez que cambies de página. Su universo narrativo da cuenta de la hipocresía que nos rige cuando, azorados por el despecho de los *Minuteman* en la frontera norte, abrimos la boca para acusar a los gringos de hijos de puta, mientras que en el sur, el sadismo de los cárteles y la indiferencia de los órganos de gobierno descuartizan, queman, cortan, balacean, pulverizan a los jodidos migrantes que tiene el mismo sueño guajiro que los mexicanos: cruzar al otro lado.

Destaca el aseo narrativo y el oficio literario de Ortuño. Se agradece una novela que imprime el vertiginoso momento histórico que transcurre sin caer en el fatuo y perpetuo tema de la narco-novela (el gran negocio de los escritores contemporáneos en el país). Es elegante, se debe admitir, trastocar el tema tan latente sin morbo. Hay una suerte de convergencia entre este libro y *No tendrás rostro* (Tusquets, 2013) de David Miklos (San Antonio, 1970), que imagina un mundo distópico arrasado por la violencia, alejado de los estereotipos narrativos que se emplean en la literatura que "refleja la realidad". Así el asunto: los dos textos destilan los rasgos más fundamentales de una subjetividad que es acorde a nuestro tiempo, pero son tratados magistralmente en un laboratorio de escritura que origina sus propios términos.

De *La fila india* se desprenden varios tonos que se reconocen por la focalización de los personajes. Se identifican estilos para cada conciencia y enunciación. A través de un puzzle que presenta a La Negra (en primera persona), al Biempensante (en monólogo interior), a Yein (en tercera persona), Versión Oficial (un compilado de oficios burocráticos sobre los hechos), Ortuño zurce una historia siniestra que carece de concesiones.

La Negra, anclada al servicio público es testigo, junto a nosotros los lectores, de la putrefacción que permea en las organizaciones de corte "humanitario" que mantiene el poder federal en las zonas migratorias. En medio de la miseria, del desencanto, la niña, frágil y delicada, resulta el único vínculo de amor, a pesar de la miseria y el miedo que se inhala en este pueblo sin misericordia, domeñado por las bandas rivales que se pelean la plaza.

En la parte titulada Biempensante (mi favorita), el padre de la niña concibe y reconoce el origen de su aversión: La Negra. Se trata de un sujeto cínico y desengañado en otro polo geográfico, la ciudad, que pasará los días quejándose de Irma y de la cancelación del viaje a Disneylandia. El relato aquí es encantador, su rencor es bastante ingenuo: atraviesa por su propia batalla con los migrantes. Su odio hacia ellos consiste en una pequeña venganza por la cancelación de las vacaciones pero todo se saldrá de control cuando los impulsos no puedan ser reprimidos. La venganza no es de él, sino de los migrantes, de la Flaca, quien terminará de joderlo, como lo jodió antes todo el género femenino.



Ilustración: Leoncoyote.

Yein, por otro lado, una migrante violada a la que le han matado al marido en el tren (La Bestia deformada) buscará la justicia por su propia mano. Los resentidos son los más divertidos. Aquí el tratamiento es más ágil y cuenta con ejecuciones. La acción directa, narrada por un omnisciente que deja ver las habilidades asesinas de la centroamericana, despertadas por el rencor, obliga el suspenso. El final es inesperado y violento. La conclusión de esta trama se opone al sentido reflexivo y de mesurado de Irma: La Negra es mesurada. Yein es audaz. Yein nos recordará un poco al Gabriel Lynch de *Recursos Humanos* (Anagrama, 2007). Los dos se sirven del fuego para exponer su ira. Uno por fastidio, la otra en venganza, por ajuste de cuentas.

Y todo esto lo sabemos/leemos porque La Negra, La pinche Negra, es funcionaria y ha cancelado un viaje de placer. Podríamos haber seguido con nuestras vidas. Voltear a otro lado. Pero el autor nos ha conducido al epicentro del mal, nos acercamos, junto a la madre y la hija, a un vórtex siniestro en el que no habíamos pensado antes. Es de mala suerte aplazar los viajes.

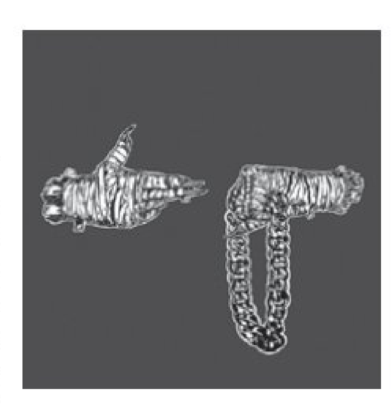
Antonio Ortuño logra una obra categórica. Engarza los miedos más vigentes de cualquier región mexicana y los pergeña en un insufrible pueblo llamado Santa Rita (si hablamos de nominalismo, tendremos que decir que esta santa fue una estigmatizada que oraba así: «Amado Jesús, aumenta mi fe y paciencia en la medida que aumentan mis sufrimientos»), un pueblo sin fe ni paciencia que sólo produce lo último. Tenemos aquí un libro agudo y eficaz que signa un nuevo paisaje sobre la violencia en México.

Hemos comprobado, a lo largo de su evolución como escritor con estas cuatro novelas, que su oficio de narrar alcanza una cota en el panorama de la escritura nacional. Su obra enmarca, sin duda, una herencia atroz que podemos reconocer fácilmente: el miserable estado de afección que provocan sus libros revela más bien una satisfacción/insatisfacción más cercana al diagnóstico que al encantamiento de la ficción literaria.

MÚSICA PARA VER EL MUNDO CAER

MELINA ROJO

FRUN THE JEWELS
RUN THE JEWELS 2
2014



Si tus ánimos se encuentran violentos e incisivos recomiendo ampliamente que subas todo el volumen de tu carro y hagas tronar Run The Jewels 2. Una actual e insurrecta oferta que seguramente quedará encumbrada en la historia del hip hop. Desde el momento que empieza a sonar con 'Jeopardy' sabes que esa ráfaga de golpazos terminará por noquearte. Por ahí dijeron que el día en que Killer Mike y El-P cruzaron sus caminos debería ser santificado o considerarlo día festivo en Atlanta y Brooklyn; y es que estos raperos adultos, casi cuarentones, albergan en su agresiva musicalidad rastros pesados de la *old school*, donde el resultado es un llamado a la escena hip hop que se ha inclinado por la voluptuosidad del poder, la exhibición de fajos de dinero, joyas, mujeres, etc; siendo que el rap inicialmente funcionaba como esa voz que se filtra mientras intentan silenciarla. Pero no sólo es eso, también este género implica un pacto amoroso con las raíces y la música como estilo de vida. Pareciera que estos MC's surgen desde las heridas urbanas como héroes y salvadores de una generación abatida por la industria de canciones pegadizas. Después de la primera parte del disco encontramos 'Oh My Darlyng Don't Cry', aderezada con contundentes beats que emulan el ataque irascible de dos buscapleitos "fuck the law / they can eat my dick" o "You can all run naked backwards through a field of dick" . Blockbuster Night part 1 y Close Your Eyes (and Count to Fuck) siguen el feroz calentamiento, en esta última hace enérgica y obstinada aparición Zack de la Rocha. 'All my life' es un homenaje dope mientras que 'Lie, Cheat, Stea' funge como uno de los escenarios más claros para apreciar la perfecta aleación entre estos dos raperos. 'Early' suena más denso, con toques industriales y una interposición melódica que se contrapone al ritmo inicial. 'All due respect' es acompañada en la batería por Travis Barker. Enseguida suena la obscena 'Love Again' ft Gangsta Boo. 'Crown', fragmento lento y detallista que habla del peso de la culpa. La pieza final extiende la orientación del disco debido a sus referencias de vida y toma un significado especial tras la muerte de Ikey Owens, donde todo termina con un destemplado arreglo de piano a cargo del Ikey, 'Angel dust'. En RTJ2 jamás se encontrará una pizca de prudencia, ni lógica argumental o narrativa, mucho menos decoro o elegancia, pero en cambio sí hallaremos una fina e impecable simbiosis entre vieja escuela y un sonido renovador, minimalista y distinguido. Entonces, compañeros: a tirar la fiera con estilo.

MAC DEMARCO
SALAD DAYS
2014



Un jovenzuelo con look desmadejado atraviesa el lindero de la adolescencia hacia la edad adulta y es capaz de detener a muchos (sin parecer pretenderlo) para mostrar al público esa ingrávida atmósfera de su viaje. Les hablo del fenómeno Mac DeMarco, un muchacho de British Columbia, Canadá, que viene a rociar con su fresca, somnífera y desenfadada melodía. *Salad Days* fue creado en un mes "a base de comida basura, muchos cigarrillos y entre quince o dieciséis tazas de café", material vigorizado por la popularidad del largo anterior llamado 2. Los puntos cumbres de esta sencilla estructura se despliegan en canciones como 'Salad Days': flemática reflexión del trascurrir y el devenir. 'Passing Out Pieces' sigue con la misma tonalidad pero aquí se percibe un sonido más sofisticado y psicodélico. 'Goodbye Weekend' suena un poco más cercana y real, con punteos luminosos y ligeros coros que aportan confort a la pieza. 'Chamber of Reflection' es pausada y melancólica, bella por sus teclados que perfilan con nostalgia ese lamento que DeMarco desprende: 'Alone again'. Otros de sus fragmentos como 'Blue boy' no necesitan mucho para encajar ideal dentro de todo el paquete; y qué decir del bonito segmento de 'Brother', pieza sedante y fraternal para escuchar un domingo por la mañana mientras se cuela el café. Lo especial en este precoz músico es que no se le puede exigir demasiado, y la única escapatoria de su indolente reino exige haber pasado por él.



En marcha programa Diputado Infantil 2015

Niños y niñas que cursan el sexto año de primaria en la entidad participan en el programa Diputado Infantil por un Día, evento que organiza el Congreso del Estado, el Instituto Nacional Electoral, la Secretaría de Educación y Cultura y el Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana.

En la XVIII edición han sido incluidos en el proceso de elección alumnos de escuelas de educación especial y, será bajo el tema: "Ante las condiciones actuales, ¿debo cambiar mis hábitos o afectar mi libertad por mi seguridad?, sí o no, ¿por qué?, acordado por la comisión organizadora.

Durante los meses de enero, febrero y marzo los infantes con promedio aprobatorio y facilidad de expresión oral de todas las escuelas primarias del sistema estatal, federal, indígena, centros comunitarios, migrantes y particulares incorporadas, realizan las etapas escuela y zona de la convocatoria emitida el mes de noviembre del año anterior.

El programa busca fortalecer entre los estudiantes de educación básica de la entidad los valores de la cultura democrática, la función pública y gubernamental de los poderes del estado en Sonora dentro de los principios de honradez, eficacia, legalidad e imparcialidad en el desempeño de sus labores.

Los alumnos que resulten electos para el evento del Diputado Infantil por un día sesionarán el martes 29 de abril en el recinto oficial del Poder Legislativo para emitir el acuerdo sobre el tema en mención.

El único medio de renovación consiste en abrir los ojos y contemplar el desorden. No se trata de un desorden que quepa comprender. He propuesto que lo dejemos entrar porque es la verdad.

—Samuel Beckett



